

«En la quinta Oración, pronunciada en el año 1705, propuso: *Respublicas tum maxime belli gloria inclytas et rerum imperio potentes, quum maxime litteris floruerunt*. Lo que se prueba vigorosamente con buenas razones, y después se confirma con esta continua sucesión de ejemplos.

En Asiria surgieron los caldeos, primeros doctos del mundo y allí se estableció la primera gran monarquía. Cuando brilló Grecia en el saber, más que en todos los tiempos antes, la monarquía de Persia se arruinó por Alejandro. Roma estableció el imperio del mundo sobre las ruinas de Cartago con Escipión, que sabía tanto de filosofía, de elocuencia y de poesía cuanto demuestran las inimitables comedias de Terencio, las cuales él escribió junto con su amigo Lelio, y, estimándolas indignas de salir bajo su gran nombre, las hizo publicar bajo aquel que están, que en ellas alguna cosa suya debió contribuir. Ciertamente, la monarquía romana se afirmó bajo Augusto, en cuyo tiempo resplandeció en Roma toda la sabiduría de Grecia con el esplendor de la lengua romana. El más luminoso reino de Italia brilló bajo Teodorico con el consejo de Casiodoro. En Carlo Magno resurge el imperio romano en Alemania, porque las letras, ya de hecho muertas en las cortes reales de Occidente, comenzaron de nuevo a surgir en la suya con los Alcuino. Homero fue quien hizo a Alejandro, el cual plenamente enardecía por acomodarse en valor al ejemplo de Aquiles, y Julio César se animó a las grandes empresas tras el ejemplo de Alejandro; de manera que estos dos grandes capitanes, de los que nadie osaría definir la superioridad de uno, son discípulos de un héroe de Homero. Dos cardenales, ambos grandísimos filósofos y teólogos, y uno, además, gran orador sagrado, Jiménez [Francisco Ximenes De Cisneros] y Richelieu, delineó la planta de la monarquía de España aquél, y la de Francia éste. El Turco ha fundado un gran imperio sobre la barbarie, pero con el consejo de un Sergio, docto e impío monje cristiano, que dio al necio Mahometano las leyes sobre las cuales lo fundase; y, mientras los griegos, comenzando por Asia y luego por todas partes, caían en la barbarie, los árabes cultivaron las metafísicas, las matemáticas, las astronomías, las medicinas, y con este saber de doctos, aunque no de la más culta humanidad, destacaron a una alta gloria de conquistas los Almanzores, todos bárbaros y fieros, y sirvieron para establecer al Turco un imperio en el que fueron prohibidas todas las letras; el cual, sin embargo, si no fuese por los pérfidos cristianos, primero griegos y después latinos, que le han suministrado de tiempo en tiempo las artes y los consejos de la guerra, habría arruinado por sí mismo su vasto imperio.»

(G. Vico, «AUTOBIOGRAFIA», 1725)

Trad. J.M.S.F.

ORACION QUINTA PRONUNCIADA EL 18 DE OCTUBRE DE 1705

G. Vico

Que los Estados, cuanto más florecieron en las letras, tanto más ínclitos han sido por su gloria bélica y más potentes por el poderío de sus dominios.

Aunque entre personas doctísimas se haya polemizado, con profusión y diuturnidad, acerca del hecho literario y del militar, sobre cuál de los dos precede al otro en dignidad, y aún hoy se prosiga la porfía, y los hombres letrados, como quienes defienden su propio interés, planteen con vehemencia y copiosidad múltiples pruebas en pro de sus estudios, permanecen en pie, no obstante, no pocos argumentos de enorme peso e importancia en favor del hecho militar, que apenas pueden aquellos socavar o quebrantar. Y, efectivamente, en la milicia se ejercita la más prestante de todas las virtudes, el valor, por el que los hombres devienen héroes. La vida, en cambio, de los hombres de letras transcurre a la sombra. Por las armas, y no así por las letras, se fundan y acrecen los imperios; y los pueblos poderosos en la guerra infunden miedo a los otros, y, por el contrario, los que se dedican a las artes literarias se encuentran expuestos a las injurias de los demás. Por ello los príncipes y los Estados casi siempre recompensan meritoriamente con los más altos y espléndidos honores a los hombres esclarecidos en la guerra: y un solo advenedizo es elevado, por una sola gesta bélica señalada, a la dignidad a la que una familia senatorial ha arribado esforzadamente, tras una larga genealogía de antepasados togados, con tanta rapidez que da la impresión de haber volado. Y aunque a esto respondan los defensores de las letras que si el valor se tiene por una virtud heroica, casi divina es la sabiduría, que conoce los mudables tiempos de la fortuna y transforma sus casuales azares en actividad con un propósito; y sostiene que es cosa de mayor prestancia conservar los imperios con la prudencia que procurarlos con el valor y respetar a los príncipes que temerlos; y rememoran que, a menudo, también los togados han logrado obtener los máximos honores y el poder político sumo en el Estado; con todo, los argumentos que oponen, bien son inconsistentes, bien dudosos, bien parejos, de modo que aún no se manifiesta la prestancia de uno de los dos. Por consiguiente, nobles adolescentes, a quienes el natural común de nuestro pueblo induce, no por necesidad o utilidad, sino por honestidad y gloria, a los más preclaros empeños, para aportar algún argumento más consistente, indudable y preeminente en pro de vuestros estudios, os propongo el siguiente:

Que los Estados, cuanto más florecieron en las letras, tanto más ínclitos han sido por su gloria bélica y más potentes por el señorío de sus dominios.

¿Veo, oyentes, en la frente de cada uno, vuestros ánimos expectantes por el asombro, porque he propuesto, no ya que por las armas no se corrompen las letras, sino que de éstas aquéllas se ayudan? Mi proposición es, sin duda, inopinada; pero prestad atención en silencio, con la cortesía que os caracteriza, a cuán cierta es. Mas antes de soltar amarras, a no ser que previamente haya sido disipado por los rayos del sol el denso torbellino de las objeciones que se ha levantado ya en el propio puerto, no podemos largar velas hacia alta mar. E infortunadamente, en efecto, se dispuso por la naturaleza de modo que arrebate los errores con el temerario precipicio de nuestra mente y, en cambio, a la verdad, para propender hacia la cual hemos nacido, no nos dejamos guiar sino dando rodeos a través de los recodos tortuosos de los caminos; lo mismo que experimentamos en este momento, al ser reputadas faltas de crédito las cosas que proponemos como verdaderas. Pues ¿cómo puede ocurrir, podría alguien decir, que la ingente recompensa en espelta por la victoria bélica y el sumo elogio de la sabiduría no sólo tolere el uno al otro en uno solo y el mismo Estado, sino que lo acompañe y ayude, siendo así que la milicia selecciona para la leva los cuerpos vigorosos, mientras las disciplinas de las letras los consumen; la guerra torna fieros los ánimos, y la sabiduría los amansa; los soldados gozan de las pendencias, y los filósofos son amantes del sosiego, los aptos para la guerra son pródigos de sus vidas, y los estudiosos de la sabiduría se quejan de la brevedad de su vida en comparación con la vasta amplitud del saber; y, finalmente, con las armas de la guerra se procura la destrucción al género humano, y con los buenos oficios de la sabiduría se conserva la sociedad humana? Aquellos que nos oponen tales objeciones creen, evidentemente, que nosotros pensamos que es preciso que profesen la malicia los mismos que se aplican a los estudios de las letras. ¿Y qué impide, por lo demás, que el sabio descienda al combate con las armas ceñidas? Ojalá que ello estuviese también establecido en las costumbres tal como lo está en los ejemplos; pues el sabio lucharía por el Estado con un ánimo ciertamente distinto del de quienes alquilan sus vidas a cambio de un vil estipendio. Mas, en efecto, los estudios de las letras embotan las fuerzas, y la labor de la milicia es dura: transportar los bagajes durante la marcha; pasar calor días enteros al sol del estío en el frente de batalla, o bien en el cuerpo de guardia, o bien en las obras de fortificación; hibernar, si así es necesario, en medio de la humedad de los pantanos y tendidos al raso. Indudablemente estas cosas son ciertas; pero, ¿acaso ignoramos cuán grande y admirable es la fuerza del ánimo? Los amantes apocados e ineptos para toda cosa se tornan, por el ascendiente de sus damas, en valentísimos soldados y jefes muy competentes. ¿Qué es lícito pensar que harían los sabios por mor de la virtud? Pues quienes consideran ociosa la sabiduría no la conocen por completo. Esta, en efecto, es la enmendación del hombre. Pues el hombre es mente y ánimo: la mente, sin embargo, está sepultada por los errores y el ánimo depravado por las pasiones. La sabiduría remedia ambos males, y forma la mente con la verdad y el ánimo con la virtud. La virtud, como el fuego, es siempre activa, y se desenvuelve por entero entre los deberes de la vida: de entre los deberes el principal es ser útil a los intereses de la patria y prestar un buen servicio al Estado. Así pues, ¿por qué son ociosos los sabios?, si son, cuando es menester, bien laboriosos; y por esto mismo son parcos de su vida, para emplearla bien; y ningún dispendio de su vida es para ellos más útil que en pro del Estado.

Pero no consiste en eso nuestra tesis, en que quienes son sabios sean soldados ellos mismos; sino en que en el mismo Estado en el que reside la suma gloria de la sabiduría se ubican *ex aequo* la de las armas y la del imperio. Y no elogiamos aquí, en efecto, las guerras bárbaras, que los propios bárbaros, por contagio de sus espíritus, tornan más fieras de lo que se embrutecen ellos a partir de aquéllas. A no ser, en verdad, que penséis que no tienen el menor interés si la guerra la hace Atila o Jenofonte. Por doquiera que el huno lleva las armas, lo precede el horror, lo acompaña el estrago, lo sigue la devastación; el filósofo, mientras se le opone resistencia, acosa, hostiga; lograda la victoria, de todas partes nacen la mitigación, la clemencia, la conmiseración. Son funestas para el género humano las guerras del primer género, en que los hombres luchan ávidos de sangre y oro, para destruir, devastar, diezmar: éstas otras, en cambio, en que contienden para ordenar los asuntos, son necesarias para el género humano. ¿Qué significan, en efecto, las graves fórmulas jurídicas concebidas de ello, *sino que las injurias sean llamadas, en buena paz, a una compensación jurídica; y [que], en cambio, si ello no es posible hacerlo en paz, que sea ajustado a derecho el vindicar las injurias que se van a inferir, y el vengarse de las recibidas, por la fuerza armada?*: ¿y que soldados armados defiendan y vindiquen la ley natural de las naciones y la ley suprema del *ius gentium*, la conservación de la sociedad humana, que quieren los sabios como moderadora de todo deber moral?

De lo que hasta el momento hemos dicho, oyentes, tenéis que la naturaleza de las armas y la de las letras no ya no se repelen recíprocamente entre sí, de modo que sea la una rechazo y fuga de la otra, sino que son tan aptamente congruentes que las letras esclarecen las armas y les procuran la dignidad del orden. Pero, efectivamente, la cuestión aún no está resuelta, pues en la colmada aljaba de los adversarios subsisten los dardos de muchos ejemplos que arrojar contra nosotros. Y, para empezar, oponen el de Esparta: que los ciudadanos fortificaban, no con murallas, sino con sus pechos; y determinaban los confines de su imperio, no con un río, monte, litoral u obra de fortificación, sino con la lanza; en el campo de batalla pensaban que era un oprobio para ellos el darse a la fuga, e incluso el haberla tomado en consideración; y así ni tan siquiera dedicaban a los dioses los despojos de los enemigos, por haber sido obtenidos de hombres cobardes; porque estimaban que se halla en el dominio de la fortuna el hecho de vencer, y el de ser vencidos, en cambio, en manos de los hombres. ¿Mas de qué buenas letras se ayudó tan gran renombre bélico? Pues, para que las ignorasen por completo y no se hiciese ningún uso de ellas en absoluto, por una ley de Licurgo se previno que no se escribiesen las leyes. Confieso que este nudo es bastante intrincado; sin embargo no lo considero un nudo gordiano: pues pensad con qué instituciones y artes alcanzaban tal gloria militar. Las madres laconias colocaban desnudos sobre clipeos a sus hijos recién nacidos; luego, en cuanto podían andar a gatas, desnudos también los endurecían en el Eurotas, yerto por el hielo, para el aguante de la futura milicia; posteriormente los padres, para que sus hijos se habituasen al dolor y se encalleciesen frente a él, junto a la estatua de Hércules los azotaban, hasta el punto de que con frecuencia caían extintos bajo los golpes; en sus leyes permitían los hurtos, para su destreza en las estratagemas militares; y por ley se les ordenaba sucumbir en el campo de batalla antes que entregarse. ¿Hemos llegado, por consiguiente, a tal estado de cosas que los valientes merezcan el verdadero elogio de su valor mediante la experiencia y la fuerza coactiva de las leyes? ¿No véis, por estas mismas instituciones de los laconios, por qué medios repugnantes y penosos debe llegar

a la gloria bélica un Estado no fundado en las letras; y que agudiza el ingenio de sus jefes para las decisiones propias de un comandante supremo, no por medio de las facetas honestas de su naturaleza, sino de las deshonestas? Por no decir nada de la diuturnidad y amplitud del imperio de ésta [Esparta], que, mientras fue una pequeña partícula de Grecia, sin duda se mantuvo en pie largo tiempo; pero pocos años después de haber sido vencidos los atenienses en la guerra del Peloponeso, la gloria del imperio espartano sucumbió toda ella junto con Cleomenes.

Pero puede que alguno, expulsado ya de aquí, restaure igualmente sus fuerzas de allá y nos oponga como objeción al pueblo cartaginés, absolutamente bárbaro y no versado en ninguna de las artes humanas, que, a pesar de no haberse formado con las costumbres espartanas, combatió, sin embargo, con el pueblo romano con tales técnicas y brío que durante mucho tiempo se mantuvo la incertidumbre de por cuál de los dos se inclinaría el imperio del orbe terrestre. En efecto, ¿cuántos ejércitos consulares, cuántos pretorios hizo pedazos Aníbal solo? ¿De cuántas enseñas, cuántos estandartes, cuántas águilas se apoderó? ¿Cuántos anillos de oro de los caballeros romanos abatidos pesó? Fue aciago para el pueblo romano Trasimeno, funesta Trebia, detestable Cannas. Eludamos también este flechazo. Enumera sin duda el púnico las derrotas infligidas a los romanos; pero enumera los triunfos celebrados sobre los romanos. ¿Cómo es eso? ¿Cómo? Comparad las causas de la guerra por ambas partes: Aníbal, contra el *ius gentium* y la ley natural, ataca, devasta y destruye Sagunto para, de ello, hacerse con un pretexto para fomentar la guerra; los romanos se vieron impelidos a la guerra por lealtad, para vengar la ruina de sus aliados. Comparad la continencia de Escipión en España con la impura vida de Aníbal entre los campanos; la intacta virtud y prudencia de aquél con la perfidia de éste; con cuánta humanidad contiene aquél, y éste con cuánta crueldad, a sus ejércitos respectivos dentro de los límites de su deber y fidelidad. Comparad Roma con Cartago: aquélla, aun siendo sitiada por un riguroso asedio, compraba a un justo precio los terrenos que los enemigos habían ocupado; ésta, la primera vez que vio a las enemigos ante sus murallas, se derrumbó desde sus cimientos: comparad tales cosas y descubriréis que de los romanos ha persistido la verdadera gloria, y de los púnicos la sombra de tal gloria.

Pero quizás aún no se declare vencido ante mis palabras alguno de vosotros que haya observado, de entre los Estados de nuestra época, el turco, privado de los estudios de las letras y, no obstante, potente por su amplísimo imperio y no precisamente vulgar en la gloria de las armas. Mas si Sergio, habiendo abusado impiamente de la doctrina cristiana, no hubiese fundamentado en leyes el Estado turco, ni hubiesen afluido hacia él las buenas instituciones militares de los árabes, que fueron hombres de letras, ni hubiesen sido propaladas por los nuestros nuevas máquinas de guerra y nuevas técnicas poliorcéticas, ¿qué entonces? ¿Tendríamos hoy en el mundo, no digo ya tan grande enemigo, sino algún Estado así en absoluto?

Y en esto reparo en que me ocurre lo mismo que a aquellos que se abren paso por lugares impracticables y, mientras los desbrozan, hacen de consuno la obra y parte del camino. Y, en efecto, al remover a un lado las objeciones que parecían ser un obstáculo para el argumento propuesto, hemos probado la mayor parte de él, que los estudios de las buenas letras contribuyen vivamente al hecho militar. Ahora, en cambio, si queremos investigar con un poco más de sosiego la causa de este asunto, la principal, si no me engaño, parece ser la siguiente: que las guerras son los tribunales del derecho. Tal vez os habéis asombrado ante esta nueva definición;

prestad atención a las razones. El hombre tiene una doble ciudadanía: una de las cuales se la proporcionó su naturaleza, la otra la condición de su nacimiento; aquélla viene delimitada por el cielo, ésta por unos confines precisos; ambas están constituidas por sus propias leyes; aquélla la fundó el derecho natural de las naciones, y ésta los mandatos del pueblo, el Senado o el Rey; en una y otra se entablan relaciones, en aquélla con tratados y en ésta con contratos. Si algún particular viene obligado por un contrato, o ha atentado contra la ley, hacemos valer nuestro derecho para con él mediante las fórmulas precisas de las acciones legales; si, en cambio, algún pueblo delinque contra la ley natural, o infringe un tratado, ¿qué remedio nos alumbramos para salvaguardar el derecho humano? Las guerras y las armas. Por consiguiente, si quienes están consagrados al derecho civil profesan una filosofía verdadera, y no simulada; si no hay Estados óptimamente constituidos por las leyes, salvo los que fundaron los sabios; si Cicerón, filósofo de enorme peso, antepone el solo librito de las *XII Tablas* a las bibliotecas todas de los filósofos: cuando tanta preeminencia tiene el *ius gentium* sobre el civil cuanta el universo género humano sobre una sola ciudad; ¿cuánta utilidad estimaremos que tiene la sabiduría para una perfecta gloria del hecho militar, que es la jurisprudencia humana? Pues es necesario en verdad, oyentes, que un jefe militar supremo se distinga, más que por un conspicuo yelmo o penacho, por esta corona de virtudes: la justicia, para que la guerra se base en causas honestas; la moderación, para que sepa montar en cólera y perdonar; la continencia, para que no prive a los pueblos vencidos sino de la facultad de injuriar; la clemencia, para que prefiera conservar vivos a los prisioneros a aniquilarlos: ser afable entre los soldados, inofensivo entre quienes viven en paz, de un profundo crédito ante los enemigos. La sabiduría confiere a un jefe militar supremo, para su eximia gloria bélica, tales virtudes espirituales; conoced ahora las de la mente. La dialéctica lo conformará continente en el juicio, para que no se precipite temerariamente en ciegas insidias; la geometría lo instruirá en la castramentación y la disposición de las tropas, ya sea en formar las filas en círculo, ya atenuarlas, ya cuadrarlas, ya disponerlas en cúneos según la situación creada. Por la aritmética computará el número de los enemigos por el espacio que ocupan; con la óptica oteará de lejos la altura de las fortificaciones y las distancias de los recorridos; con la arquitectura levantará plazas fuertes, se parapetará, adelantará bastiones, los circunvalará con un foso; la mecánica y la doctrina moral son de provecho respectivamente para la invención de artefactos bélicos y el conocimiento profundo de costumbres y caracteres. La lectura de la historia le aporta la utilidad de tener qué ejemplo declinar y qué otro seguir. La elocuencia le sirve de ayuda para incitar al combate a los remisos, reanimar a los abatidos por una operación fracasada, coacer a quienes se desmandan en la victoria. Y, por último, cuánto contribuye la ciencia de la naturaleza, lo confirman los ejemplos de los jefes que elevaron a las mejores hazañas a sus ejércitos, antes aterrorizados por el eclipse de Luna o de Sol, tras explicarles la causa de ello. ¿Entre qué pueblos podemos encontrar estas tantas y tan grandes virtudes de la mente y del espíritu, sino entre aquéllos en que hombres sapientísimos fundamentaron el Estado en las óptimas instituciones de la paz y de la guerra, y hombres doctísimos conservan las óptimas instituciones del Estado con el cultivo de las letras? De ahí pienso que deriva el hecho de que sapientísimos poetas nos hayan transmitido, en sus fabulosas leyendas, a la misma diosa bajo el personaje de Minerva y de Palas; de aquí que los atenienses, hombres agudísimos, veneraron a Minerva, a la que consideraban numen de la sabiduría, como fundadora y patrona de su acrópolis:

para significar esta verdad bajo las envolturas de la ficción y las fábulas: que es privativo de un mismo Estado el resplandecer por las letras en la paz y en la guerra por las armas.

Pero, si es preciso que un futuro general en jefe complete el orbe de tantas y tan grandes ciencias, ciertamente se apagará en él la virtud bélica, la única que garantiza que la mente se mantenga diestra en las decisiones entre horrores y duelos. Endeble saeta ésa, como de madera de higuera: pues no requerimos que todos estos atributos residan en el comandante militar supremo, sino en el Estado del que tal comandante es miembro, para que, si no imperan en él -que sería lo más deseable-, al menos estén a su servicio. Porque el hecho es que los pueblos faltos de cultura literaria y privados de las buenas instituciones de la paz y de la guerra no son más que ganado; y si acaso quieren resplandecer por su reputación militar, no emprenden su propósito con un ejército regular, sino que necesitan inundar con una multitud en tropel; y, si se apoderan de pueblos más civilizados, necesariamente deben, o bien aprender también las letras, o bien destruirlas, para poder reinar seguros en ellos: pues con los estudios de las letras se agudizan los ingenios, y los pueblos ingeniosos son como aquellos púgiles que no abaten a sus adversarios valiéndose de su robustez, sino que, en el momento propicio, les ponen la zancadilla en la articulación.

Pero aquí hablamos de la gloria del arte militar, no de los estragos y devastaciones de las invasiones, del modo de fundar los mayores imperios, no de la destrucción de Estados civilizados, de Alejandro, de César, no de los caudillos de agrestes hordas. Por otra parte, los pueblos cultos por las letras, aunque estén rectamente organizados por las solas instituciones de la paz, aunque, aborreciendo la guerra, sólo se encuentren protegidos, bien por la propia naturaleza de sus contornos, bien por obras de fortificación, si dentro de las barreras de su dominio se ubica un amplísimo territorio, nada impide que puedan dirigir un vastísimo y beatísimo imperio. Sirvan de ejemplo los chinos, antes de que su Gran Muralla fuese quebrantada por los escitas. En cambio los pueblos iletrados, a los que hombres sabios les han legado las óptimas instituciones de la paz y de la guerra, sólo pueden procurarse amplísimos imperios, mediante la suprema gloria militar, mientras están vigentes tales instituciones y corren tiempos conformes a ellas (o de modo efímero, o nunca, puesto que ninguna de las dos situaciones es muy duradera): pues, si entre sus enemigos el arte militar cambia a mejor, al ser ellos inexpertos en las letras de las que ha nacido la nueva arte bélica, si quieren ensanchar los límites de su imperio, se lo estorbarán con su valor y su técnica los pueblos incluso mediocrementemente instruidos en las letras y avezados en la guerra, aun siendo dispares en recursos e inferiores con mucho en poderío, como fueron un impedimento para la monarquía turca los reyes de Hungría: si, en cambio, son asaltados con nuevas e ignotas técnicas de guerra, se desplomarán sin lugar a dudas: como cayeron todos los imperios que fueron atacados por sus enemigos con una técnica ignota de formar las líneas o con nuevas máquinas de guerra, y no obtuvieron de la literatura la capacidad de imitar, o de eludir a sus enemigos con una técnica ciertamente distinta.

Pero ni las instituciones de la paz ni las de la guerra, incluso las óptimas, pueden procurar tanto la suma gloria militar como los reinos sin un diligentísimo cultivo de las letras: porque lo principal en el arte militar es conocer los momentos oportunos para combatir; sobre este asunto, como sobre los demás relacionados con la prudencia, no puede haber ninguna regla

establecida: pues, en caso de que haya normas, y quieras observarlas, siendo éstas determinadas, e infinitas las ocasiones, ya se te habrán escapado muchas oportunidades de vencer; y, mientras esperas los momentos prevenidos por las leyes, te verás aplastado por tus enemigos. De aquí que nunca leemos que los reinos fueron alumbrados en la paz, sino fundados con la guerra y el ejército. Ahora bien, sólo los filósofos ven las mejores cualidades de las cosas, puesto que los filósofos son los únicos que conocen sus categorías. Y, en verdad, dos son los más excelentes de todos los generales en jefe: Alejandro Magno y Julio César. Llegó a ser «Magno» Alejandro, quien se conformó a la grandeza de Aquiles, estimulado por su ejemplo mediante la lectura de Homero. César compite con Alejandro en virtudes y renombre propios de los jefes supremos porque, con la lectura de las gestas de Alejandro, se apasionó por esta categoría de los más grandes generales. Por consiguiente podemos, con todo derecho, condicionar a Homero, es decir a la literatura, tanto a Alejandro como a César.

Efectivamente, observamos en la historia, con perpetua regularidad, que allí donde reside el renombre de las letras, reside también a la par el de las armas. Brilló Roma en los estudios de la sabiduría, brilló en la milicia. Los estudios de filosofía, en los siglos oscuros de los cristianos, se refugiaron entre los árabes, y son celebrados por la gloria de las armas. Los cristianos restauran la literatura, la cultivan y engrandecen, y sobresalen con los más esclarecidos en la guerra de todos los pueblos del orbe terrestre. Por tanto las monarquías universales fueron instituidas, con todo merecimiento, en aquellas naciones en que se estableció la sabiduría. Los historiadores enumeran estas cuatro: ved, por favor, si cuadra la cuenta. Entre los asirios reinan los caldeos, o sea los sabios de este pueblo; y pronto Nino fundó la primera; entre los persas gobiernan el reino los «magos», o sea sus sabios, y Ciro estableció otra; entre los griegos resplandecieron los más elevados y grandes filósofos, y hacia ellos se inclina el imperio del orbe terrestre; entre los romanos fueron muy cultivados y sumamente celebrados los estudios de las letras, y se alza Augusto, *que por el Océano determina su imperio, por los astros su fama*.

Por ende, cuando el cultivo de las buenas letras presta tan gran cooperación, como hemos dicho, para su gloria y amplitud, respectivamente, a las armas e imperios, si por este muy noble argumento os sentís movidos a su estudio, adolescentes, emplazad a ello vuestro ánimo. Pues, en efecto, esta universidad de estudios es un templo en que se cultiva la gloria militar, con estos estudios crece la prudencia bélica; de vosotros provendrán los generosos sentimientos de las armas, de vosotros las preclaras decisiones de las empresas a acometer, de vosotros las egregias artes de los jefes, de vosotros, al cabo, la gloria militar y la amplitud del imperio.

[Trad. del latín por F. Navarro Gómez]

